

# LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 10 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

**SUMARIO.**—ADVERTENCIA.—REVISTA DE TEATROS, por D. Francisco Flores Arenas.—LA CONQUISTA DE UNA MUJER, por Don J. B., *conclusion.*—NOVELA RUSA, EL ESPADACHIN, traducido de J. Tourgueneff.—GEROGLÍFICO.

**ADVERTENCIA.**—Habiendo decidido la Empresa de este periódico distribuir á los Sres. Suscritores por via de regalo un almanac del año próximo, y no siendo posible, visto lo complicado de su trabajo, que esté concluido para poderse repartir con el presente número, se ha hecho forzoso demorar hasta el inmediato domingo la publicacion del cuaderno mensual, á fin de que con él se distribuya el almanac citado; dando hoy en su consecuencia un número comun.

## REVISTA DE TEATROS.

Decíamos en nuestro anterior número que todo nos anunciaba que el Principal, pasados los días de terrible prueba, iba á resucitar brillante cual nunca; en suma, que estaba próximo á entrar en una nueva faz, como ahora se dice. Nuestras esperanzas de entonces han empezado á realizarse, segun vamos á ver, y además puede ya asegurarse, no solo la contrata del tenor Boucardé, que de eso no podia dudarse en manera alguna, sino la muy próxima llegada de este célebre artista, toda vez que se sabe haber salido de Florencia para Marsella, en cuyo punto probablemente se habrá embarcado ya para Cádiz.

Pero decíamos que habian empezado á realizarse nuestras esperanzas, porque en efecto la noche del sábado se puso en escena la *Safo*, en la que, tuvo el público el placer de volver á oír á nuestra distinguida *prima donna* la Sra. Sofia Peruzzi Selva, totalmente restablecida de la indisposición que hasta ahora la tuvo alejada de nuestra escena.

Acierito ha sido tambien de la artista y de la empresa el haber elegido una ópera tan bella, y en la que la Sra. Peruzzi tiene tan abundante ocasion de hacer valer los inagotables recursos de su inspiracion y de su estudio.

La *Safo* no era nueva aquí ni mucho menos; pe-

DICIEMBRE.

ro por una parte habia ya mucho tiempo que no se cantaba, y por otra, fuerza es decir que su ejecucion en las varias épocas en que se puso en escena, mas que para apreciar lo que se ejecutaba habia servido para que se notase lo mucho que faltaba que hacer en su ejecucion. Puede decirse que hasta ahora no habiamos comprendido todo el valor de esta hermosísima partitura, la cual por sí sola basta á immortalizar á su autor Paccini.

Qué cosa tan bien escrita! ¡Qué profunda filosofía en aquellas sublimes notas! ¡Qué instrumentacion tan rica, tan llena de armonía!

*Safo*, así como *La Vestal*, son producciones de autores que no están muy en juego en los repertorios de hoy. La música de una y de otra se diferencian harto de las de Verdi y Donizetti para que las saboreemos con facilidad. Es necesario oirlas algunas veces, y entonces es cuando hacen todo su efecto. Así *La Vestal* concluyó por ser la joya de la temporada anterior, como esperamos que *Safo*, algo mas oida, concluya por ser la joya de esta. Mérito tiene de sobra para ello.

Hemos oido decir que el Sr. Boucardé tomará á su cargo el papel de Faon, desempeñado hasta la llegada de aquel por el Sr. Conti. Por este empezaremos nuestra reseña, puesto que nuestros conocimientos no alcanzan ni con mucho á analizar los primores artísticos de aquella admirable obra. Lo sentimos y nada mas.

Conti es un tenor que ha concluido á fuerza de celo y de estudio por captarse el aprecio del público, que en un principio lo recibia con cierta tibieza, y hasta con cierta prevención. Ha cantado esta ópera mas que regularmente en general, y algunos trozos bien, como por ejemplo el andante de su aria, donde siempre arranca aplausos muy merecidos. Esto es mucho mas de lo que debe exigírsele. Esto lo comprende el público, como comprende la abnegacion con que á nada se niega y que le hace trabajar siempre con alma y vida.

El papel de Alejandro parécenos demasiado bajo para Paccini. Sin embargo, su excelente voz triunfa siempre de todo, y como además cuenta con las simpatías unánimes del auditorio, puede estar seguro de que ni ahora ni nunca le faltarán aplausos.

Otro tanto diremos de la Sra. Belochio, que ha contribuido no poco al éxito de la ópera. Desva-



necido el temor que la primera noche cohibía sus facultades, pudo en la segunda hacer gala de su excelente método de canto y de su fácil garganta.

De propósito hemos dejado á la Sra. Peruzzi para este lugar, que si es el último en el orden de la reseña, es el primero en el de la ejecución. En esto no hacemos mas que seguir la pauta comun de los autores de óperas: las mejores piezas las reservan para los finales.

Nuestra prima donna se presentó en la escena vestida con esa propiedad, con esa exquisita elegancia que la caracterizan, y que tan favorablemente predisponen á los públicos. Sus facultades de cantante, en vez de haberse menoscabado con su reciente indisposición, han adquirido por el contrario con el descanso mayor desarrollo. Esto pudo notarse desde luego en el duo del primer acto, única pieza que tiene que cantar con él.

No es duo de grande empeño; pero sí todo el segundo acto, en el que tan gran parte toma, y en el que la lucha de tan varios y vivísimos efectos ofrece ancho campo á la distinguida actriz para desplegar los dotes de su gran talento dramático.

Cada actitud, cada mirada, cada gesto es una maravilla del arte; cada inflexion de su voz vibra en todos los corazones. ¡Cómo nos hizo recordar á la Ristori! Aquella es su escuela; aquel es casi su talento.

¿Y qué diremos del acto tercero? Renunciamos á pintar lo que en él sentimos. Esto sería imposible. Los que tengan corazon deben haber experimentado lo que nosotros: para los que no lo tengan no se escriben las óperas ni los dramas. A esos deben bastarles los polichinelas de la feria ó el Nacimiento de la Tia Norica.

Los coros muy bien; la escena perfectamente dirigida. Hay movimiento y vida en los cuadros; no vemos en esta ópera esos coristas y esos comparsas formados en ala, inmóviles, impasibles, extraños á la accion, y que aunque se desplome el firmamento no abandonan su sitio ni se apartan sus ojos de la concha del apuntador. Esta vez todo eso ha cambiado, y ya los coros son realmente personajes de la ópera y no enseres de vestuario.

Reasumiendo nuestra opinion acerca de este punto diremos.

- 1.º Que *Safo* es una magnífica ópera y que ha sido muy bien ejecutada.
- 2.º Que aunque ha agradado mucho, debe agradar todavía muchísimo mas cuando el público llegue á paladearla.
- 3.º Que la Sra. Peruzzi se ha excedido á sí misma en el desempeño de su papel; que nunca la hemos visto á tanta altura como artista; y en fin, que esta sola ópera bastaria á conquistarle el renombre de eminente.

Los periódicos nos anuncian que está en ensayo *Macbeth*: mucho lo celebramos porque es una gran cosa. De esperar es que la empresa, que no se arredra ante ningún sacrificio, la ponga en escena con todo el exorno y aparato que sea posible.

En los dias que se ha ejecutado esta ópera las entradas han sido abundantes. El teatro Princi-

pal, segun habíamos vaticinado, ha dado ya sus primeras señales de vida. Es de esperar que despierte del todo.

El Balon continúa con buena fortuna. Sus llenos son frecuentes, y muy raras las entradas que no llegan siquiera á regulares.

Fuera de *El monarca cenobita*, drama pretensioso del que ya nos ocupamos en nuestra anterior revista, se han puesto en escena varias producciones ya conocidas de antiguo, y se anuncian otras nuevas, acerca de las cuales nos proponemos emitir nuestra opinion, valga por lo que valga. Entre las ya vistas de que hablamos antes ha sido una *Las travesuras de Juana*, drama popular, de bastante movimiento, nada escaso de interés, y que compensa con estas ventajas los defectos de la conduccion de su plan y sus inverosimilitudes mayúsculas. El papel de su protagonista estuvo á cargo de la Sra. Castillo de Mendoza, actriz de mucho mérito y con mucha razon aplaudida. El Sr. Sanchez Albarran, que si siempre vale, es una verdadera notabilidad cuando se encaqueta la peluca, hizo reir grandemente en el papel de Acerico; y el Sr. Mendoza, actor fino y de conciencia, estuvo igualmente bien en el desempeño del carácter ásperamente franco del veterano gobernador de Nápoles.

De las piezas pequeñas y sainetes nada diremos, porque son el elemento del Sr. Sanchez Albarran, que está en ellos como el pez en el agua. Díganlo *El maestro de escuela*, *Una idea feliz*, *El maestro Pezuña*, y cien otros.

La Srta. Medina, Ambrosio, y demás partes coreográficas, continúan allí en gran favor.

Otro dia nos ocuparemos con mas espacio de la comedia del Sr. Sanchez Albarran titulada: *Para el corazon no hay ley*, ejecutada recientemente.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

## La conquista de una mujer.

(CONCLUSION.)

Alberto Latil reemplazó en Ortez á un empleado que deseaba aproximarse á su país, y como hijo de un pueblo de las cercanías de Burdeos, se hallaba por casualidad favorecido con el cambio; pero le importaba poco esta ventaja, pues segun confesaba con frecuencia, deseaba aprovecharse de su juventud para recorrer la mayor parte de los departamentos de Francia, y Ortez le gustaba lo mismo que cualquiera otra capital de sub-prefectura. Se presentó con una carta de recomendacion para un antiguo corresponsal de su padre, tratante anciano ya y retirado de sus negocios; casualmente el señor Verniot era este antiguo corresponsal, y la recomendacion abrió á Alberto las puertas de la casa de Adela desde los primeros dias de su llegada.

La primera visita fué preludio de otras muchas y sin que él mismo lo advirtiese, Alberto Latil halló en la casa del señor Verniot todo lo que po-



dria atraerle y detenerle para siempre en Ortez; habia visto á Adela. Repetidas veces le convidaban á comer, y su corazon latia con violencia siempre que repetian en su presencia el nombre de la hija de Verniot.

El corazon de Adela experimentó tambien desde la llegada de Alberto goces que hasta entonces le habian sido desconocidos, y hallaba en este jóven un encanto que no habia hallado aún en ningun otro. La elegancia de su talle y de sus movimientos no tenia igual en Ortez, y si hablaba no era para dar libre curso á las frases vulgares que forman el núcleo de todas las conversaciones.

No tardó en advertirse en la familia el cambio que se efectuaba en las palabras y acciones de Adela, la cual perdió repentinamente su travesura de niña, y se adornó con una coquetería inusitada. Era evidente que queria presentarse con todas las ventajas de que tan pródiga habia sido con ella la naturaleza, y forzoso es confesar que no desplegaba por su primo tantos primores y medios de seducción.

Como todo se repara en las ciudades de corto vecindario y todo se dice al mismo tiempo, pues habiendo tan escasos asuntos de conversacion cotidiana, es preciso ocuparse de la vida y milagros del prójimo, muy pronto se hizo pública la derrota amorosa de Emilio, y una multitud de personas ofendidas en su amor propio, en mas de una ocasion salieron de su letargo para aplaudir y pregonar el fracaso. ¿Quién no tiene rivales y enemigos? En aquella ocasion los de Emilio fueron desapiadados, y poco faltó para que bajara bruscamente del pedestal sobre el cual tan penosamente le habian elevado.

La señora Benacq conoció que todo se habia perdido si no se encargaba enérgicamente de la direccion de tan importante negocio, del cual dependia el porvenir de su hijo: conocia mejor que Emilio la ciudad, y sabia cuales eran las sendas secretas por las que podia llegar á interesar á todos sus amigos para el logro de sus planes, y en el momento que estuvo segura de que el amor era el principal obstáculo, apoderándose al mismo tiempo del corazon de Adela y del de Alberto Latil, puso manos á la obra sin tardanza.

A pesar de las nuevas distracciones que le habia creado la llegada de Alberto, Adela conservaba el culto ferviente á la memoria de su madre, y todos los dias visitaba la sepultura del ser que mas habia amado, deteniéndose en ella á veces algunas horas, ya en oracion, ya meditando. Hasta los mas indiferentes respetaban en Ortez este exceso de piedad filial, y la señora Benacq conoció que el amor de Adela hacia su madre era el punto por donde debia darse el asalto á la plaza con mas seguridad de rendirla. Emilio no habia pensado nunca en tan sencillo medio de ataque.

Adela hacia siempre su piadosa peregrinacion al medio dia, y esta costumbre era tan notoria en la ciudad, que cuando la veian pasar sola ó acompañada de su doncella, todos sabian á donde iba.

Al llegar un dia Adela bajo la cuna de sauces y

laureles que aislaba el sepulcro querido, halló sobre la losa de mármol un ramo de flores frescas y humedecidas por el rocío. Esta atencion delicada enterneció el corazon de la jóven: mas viendo á lo lejos al sepulturero ocupado en su fúnebre tarea, creyó haber hallado al autor de aquella fineza, y no pensó mas en ello. No obstante, al siguiente dia halló el sepulcro adornado con otro ramillete, y esto se renovó durante muchos dias. Dióle qué pensar esta constancia, y vió en ella un rasgo de cariño y de galantería.

Adela reflexionó quién de los que la rodeaban podia tomar parte en su piedad, y aunque no se atrevia á estudiar profundamente lo que pasaba en su corazon ni á hacer un exámen detenido de las nuevas emociones que sentia, sabia al menos quiénes eran los objetos de sus simpatías y de su aversion. Entre las personas que todos los dias veia á su lado, solo juzgó á Alberto capaz de pedir á un sepulcro adorado la sancion de una felicidad ansiosamente deseada, pues únicamente Alberto abrigaba en el alma la delicada solicitud que nos induce á respetar en la persona amada todos los afectos puros y á sentirlos como ella.

Por otra parte, Alberto Latil se prestaba maravillosamente á las suposiciones de Adela. Desde el dia en que se habia sentado á la mesa hospitalaria del señor Verniot, la casa abierta para él á todas horas, habia sido como un santuario, y nunca la mas indirecta expresion habia dado á entender á Adela el violento amor que le inspiraba. Confiando en el tiempo, y no estando al corriente de lo que se habia dicho y hecho antes de su llegada á Ortez, Alberto esperaba obligar poco á poco á Adela á que hiciera la mitad del camino, con objeto de hallar en los labios de su amada una confesion, en el instante que los suyos no pudieran guardar por mas tiempo el secreto de su corazon. Tímido como todos los que aman de veras, por nada en el mundo hubiera consentido en comprometer la ventura que experimentaba viéndose admitido en la intimidad de Adela, y tomaba en el banquete de la vida la parte que con liberalidad le concedian, saboreándola silenciosamente y con delicia. Por otra parte, ¿para qué se ha de hablar cuando basta una mirada ó un ademán para decirlo todo? Los enamorados que hablan en tales circunstancias, no tienen corazon capaz de sentir los encantadores éxtasis de la contemplacion, y consideran una turbacion furtiva y pasajera como indicios de un inefable sentimiento que no experimentarán nunca.

Alberto amaba su meditacion casi tan involuntariamente como se respira el aire que nos rodea, y sin embargo, sus acciones y palabras revelaban continuamente su afecto, que adivinaba á primera vista y sin hacer esfuerzos de sagacidad.

Adela no se engañaba acerca del sentimiento que inspiraba, y estaba orgullosa de conocerlo, porque hallaba en su propio corazon una inclinacion hacia Alberto. El incidente de los ramos de flores depositados sobre el sepulcro de su madre acrecentó el cariño que le profesaba, y cuando le vió en su casa



no pudo contener una lágrima que osciló como perla líquida en los sedosos párpados de sus negros ojos. Alberto no comprendió la causa de la emoción súbita de Adela; pero sintió también una emoción semejante, y por vez primera se atrevió á tomar una mano que no se le negó á estampar en ella un respetuosísimo beso.

Esta escena pasó casualmente en el instante que la señora Benacq se preparaba á dar el golpe decisivo armada de todas sus baterías.

La viuda no permaneció en la inacción mientras se representaba bajo la sombra del cementerio la comedia sentimental de las flores recién cortadas para adornar un sepulcro; todos los días requirió á alguna persona para que fuera á ostigar á Adela y preguntarle cuándo se resolvía á dar á Ortez un día feliz casándose con su primo. Adela se esforzaba en defenderse y en decir que ignoraba la causa de los rumores que se empeñaban en hacer circular acerca de su pretendido casamiento con Emilio, y los secretos mensajeros daban principio entonces á los interminables comentarios sobre la conveniencia de este enlace, que daba la joven mas hermosa y la heredera mas rica de la ciudad al hombre mas distinguido de Ortez, que estrechaba los lazos de dos familias y aseguraba un brillante porvenir al distrito, porque apenas estuviese Emilio casado, pugnaria por alcanzar honores, y no le faltarian los sufragios de los electores mas influyentes, añadiendo por fin que una ciudad debe considerarse feliz, hallando entre los hijos que vió nacer y crecer en su recinto, hombres capaces de defenderla y representarla dignamente.

Estas palabras y otras muchas que fácilmente adivinarán los lectores, en vez de modificar la opinión de la joven respecto de su primo, solo contribuían á exasperarla y prepararla á dar violentamente fin á las pretensiones de Emilio.

El señor Verniot seguía observando una absoluta neutralidad: varias veces habia declarado que en nada queria influir en la elección de su hija, para que nunca pudiera acusarle de violencia, y esta conducta era mas admirable y meritoria en el antiguo negociante, en cuanto se inclinaba secretamente en favor de Emilio Benacq. Su sobrino le parecia el mas perfecto de los yernos, y saboreaba ya las delicias de los honores reservados á su hija en la persona del distinguido abogado, abrigando en su interior deseos de ver triunfar á su hermana y su sobrino, á quienes profesaba un verdadero afecto de familia; pero aunque preferia á Emilio á cualquier otro, públicamente se limitaba á decir que el esposo elegido por su hija, tenia de antemano su consentimiento.

La comedia provincial marchaba con paso rápido hácia su desenlace en medio de todas estas peripecias.

Asediada por todas partes y cansada de esta lucha incesante, Adela estaba resuelta á pronunciar una de esas palabras que desvanecen todas las esperanzas.

El círculo habitual de mujeres que todos los días iba de tertulia á casa del señor Verniot estaba

reunido en el salon, y segun costumbre, una amiga de la señora Benacq suscitó la conversacion sobre la cuestion del matrimonio.

—Señora, dijo Adela desde las primeras palabras; tiempo es ya de dar fin á una conversacion que amenaza con ser eterna en esta casa, y de que os haga saber cuál es mi resolucion. Esta mano, continuó con firmeza y tendiendo la suya sobre la mesa, no pertenecerá jamás á otro hombre mas que al que hace un mes va todos los días á depositar flores en el sepulcro de mi madre.

Un silencio solemne de algunos minutos acompañó estas palabras, silencio que rompió la señora Benacq levantándose bruscamente de la silla para ir á abrazar á la huérfana.

—Ya me figuraba, hija mia, dijo estrechándola con efusion entre sus brazos, que Emilio no podia casarse mas que contigo; su amor merecia esta recompensa.

Explicóse entonces en pocas palabras el misterio; Emilio Benacq era quien todas las mañanas hacia la piadosa peregrinacion que Adela no verificaba hasta el medio dia, y quien dedicaba diariamente algunas horas para ir á adornar con hermosas flores una tumba querida.

Esta revelacion fué un verdadero golpe de teatro; pero Adela no podia desdecirse ni retroceder, á no dar prueba de notable inconsecuencia.

Emilio Benacq se presentó entonces en el salon á donde iba todas las noches; recibió la enhorabuena de todos los concurrentes, y cuando su prima le dió el primer abrazo de novia, olvidó en un instante todas sus angustias de pretendiente.

El señor Verniot no dejó desairada á su hija. El menor pretexto podia romper aún, ó al menos aplazar el casamiento, y era importante aprovechar la ocasion.

El enlace tan deseado por la señora Benacq se efectuó sin dilacion, pues hacia mucho tiempo que ámbas familias estaban preparadas para tan fausto acontecimiento, y las personas mas notables de la ciudad fueron convidadas á la boda, en la que se desplegó la mayor pompa y ostentacion.

Un mes despues, Alberto Latil partió de Ortez, y apenas habian trascurrido dos años cuando Emilio Benacq, despues de haber sido regidor y alcalde, fué llamado por el sufragio de los electores á representar el distrito en la Cámara de diputados.

J. D.

## NOVELA RUSA.

### EL ESPADACHIN.

(TRADUCIDO DE J. TOURGUENEFF.)

(CONTINUACION).

—No baila nunca.

—Entonces ¿por qué ha venido aquí?



—Deseaba, repuso el corneta sonriendo (1), deseaba tener el gusto de...

La joven le interrumpió.

—¿Me parece, le dijo, que no hace mucho que estais en nuestro regimiento?

—¿En vuestro regimiento? repitió Kister con una sonrisa; no, en efecto no hace mucho.

—¿Y os gusta vivir aquí?

—¿Seguramente.... He hallado una sociedad muy agradable, y luego la naturaleza....

El joven oficial comenzó una descripción de la naturaleza. María le escuchó con la cabeza baja. Lutchkof sentado en un rincón miraba con aire indiferente á los bailarines.

—¿Qué edad tiene el señor Lutchkof? preguntó de repente María.

—Creo que tiene treinta y cinco años.

—Dicen que es un hombre peligroso, violento...

—Es un poco irascible, pero es un buen muchacho.

—Dicen que todos le temen.

Kister se sonrió.

—Y vos le teméis también?

—Es mi amigo.

—De veras?

En aquel momento les llamaron á voces para que entraran en baile; María y Kister se pusieron en movimiento y atravesaron la sala.

Concluido el baile, el corneta se acercó al capitán y le dijo:

—Estás de enhorabuena.

—Pues?

—La hija de la casa no ha hecho mas que hablarme de tí.

—Ah! exclamó Lutchkof con acento desdeñoso.

—Hombre de suerte! Mírala, es muy bonita.

—Dónde?

—Allí.

—En efecto, no parece mal.

Y Lutchkof bostezó al decir estas palabras.

—Hombre frío! exclamó Kister corriendo á buscar otra pareja.

Avdiei estaba regocijado con lo que acababa de decirle su amigo, aunque bostezara con poco respeto; se hallaba muy lisonjeado en su orgullo, porque despertaba la curiosidad. Si despreciaba el amor, era de palabra; sabía que era muy difícil hacerse amar; pero podía sin duda ostentarse como un hombre reservado ó indiferente. No era hermoso ni joven; pero disfrutaba de una reputación singular, y estaba acostumbrado á gozar silenciosamente de la amarga satisfacción de su aislamiento.

Mas de una vez ya se habia atraído la atención de las mujeres, y aun algunas quisieron acercarse á él; pero él siempre las rechazó con su ruda impasibilidad; sabía que en el momento de una entrevista, de una declaración, se mostraria primero vulgar y torpe, y luego grosero acaso hasta la injuria. Acordábase de dos ó tres mujeres con quienes habia tenido algunas relaciones, y que en cuanto le

observaron un poco de cerca, se alejaron prontamente...

De resultados de estos chascos habia resuelto tomar su actitud enigmática y despreciar lo que no queria concederle el destino. Los hombres por lo común no profesan otro desprecio. Lutchkof no podia tener una manifestación de pasión franca, recta, espontánea; se imponia un papel aun en su cólera.

Su amigo Kister se habia formado de él una opinión equivocada; era el único que podia oír sin repugnancia las carcajadas de Avdiei; los ojos del buen alemán chispeaban de alegría cuando leia algunas páginas de Schiller al espadachín, y este bajaba la cabeza con aire mustio...

Kister bailó hasta rendirse. El capitán no salió de su rincón, fruncia las cejas, de tiempo en tiempo echaba una mirada de reojo á María, y en cuanto se encontraba con la vista de la joven, volvía la cabeza con una indiferencia afectada.

María bailó tres veces con Kister. El carácter entusiasta del joven oficial despertó sus simpatías; habló alegremente con él, pero en el fondo de su corazón estaba inquieta: Lutchkof era quien la ocupaba.

La orquesta dió la señal de la mazurka. Los oficiales se pusieron en movimiento: los tacones de las botas resonaban en el entarimado; las charreteras revoloteaban sobre los uniformes.

Los funcionarios civiles se mostraban tan animados como los oficiales. Lutchkof permanecía inmóvil en su puesto, y seguía á los bailarines con ojos indolentes. De pronto le tocaron en el hombro y se volvió: uno de sus compañeros le señaló María. La joven estaba delante de él con los ojos bajos y le tendía la mano. Al pronto el adusto capitán la contempló con sorpresa, luego se quitó el cinturón, dejó su sombrero en el suelo, emprendió su marcha torpemente á través de los sillones, tomó la mano de María y dió algunas vueltas por la sala, pero sin divertirse y sin saltar como sus compañeros. Habriase dicho que cumplía con sentimiento una delegación fastidiosa. El corazón de la joven latía fuertemente.

—Por qué no bailais? le preguntó al fin.

—No me gusta el baile, respondió. ¿Dónde está vuestro asiento?

—Allí.

La llevó á su puesto, se inclinó friamente y volvió á su rincón; pero en secreto, su naturaleza triunfaba. Una satisfacción interior conmovía todas sus fibras.

Kister fué á sacar á María.

—¿Qué hombre tan extraño es vuestro amigo! le dijo la joven.

—Ah! mucho os ocupa, respondió guiñando sus hermosos ojos azules.

—Acaso es desgraciado! exclamó ella.

—Desgraciado! repitió el corneta riendo; ¡qué ideal!

—No sabeis.... no podeis saber, repuso María meneando la cabeza.

—Cómo que no sé...

(1) La palabra corneta está aquí usada en la acepción de porta-estandarte.



La joven meneó de nuevo la cabeza y miró á Lutchkof que al notar esta mirada se encogió de hombros y se retiró á otro cuarto.

### III.

Pasaron algunos meses. El capitán no volvió á casa de los Perekatof. Kister por el contrario les hizo visitas frecuentes. Nenila le veía con gusto, pero él visitaba la casa por ver á María. En su candor y en su poca experiencia de las cosas del mundo, experimentaba el mayor placer en un cambio afectuoso de ideas y de sentimientos, y creía sencillamente en la posibilidad de una amistad firme y agradable entre un joven y una joven.

Un día los buenos caballos enganchados á su carruaje le llevaban con rapidez hacia la casa de Perekatof. Era en verano: la temperatura estaba pesada y caliente; ninguna nube oscurecía el cielo, pero se elevaba en el horizonte una especie de vapor denso que anunciaba una tempestad.

Los balcones de la habitación que ocupaba la familia Perekatof en el verano miraban al Levante según el uso adoptado en aquel país. Desde por la mañana Nenila había mandado cerrar las ventanas. Kister se adelantó con precaución por la sala oscura; la poca luz que penetraba en ella por los intersticios de las persianas se proyectaba en largos rayos por el suelo y se reflejaba en las paredes.

Como de costumbre Kister fué recibido amistosamente por toda la familia. Después de la comida Nenila se retiró á su cuarto á dormir la siesta. Sergio se sentó en el sofá, María se colocó delante de su bastidor y el corneta se puso en frente de ella.

La joven se inclinaba sobre su cañamazo sin descubrirle y apoyó en la mano su cabeza. Kister la hablaba; ella le escuchaba con aire distraído, como si esperara alguna cosa.

De tiempo en tiempo lanzaba una mirada á su padre, y al fin extendiendo una mano hacia Teodoro le dijo:

—Venid aquí y hablad en voz baja. Mi padre se ha dormido.

Efectivamente, Perekatof con la cabeza inclinada en el canapé y la boca entreabierta dormía profundamente.

—¿Qué queréis? preguntó Kister con curiosidad.

—Os vais á burlar de mí.

—¿Qué sucede?

María bajó la cabeza de tal modo que solo mostraba la parte superior de su rostro; lo demás quedaba oculto entre sus manos. Luego con una voz tímida y un poco cortada preguntó al joven oficial por qué el capitán no le acompañaba nunca.

No era la primera vez que la joven se acordaba de Lutchkof desde el día del baile.

Kister no respondió.

María le miró tímidamente por entre sus dedos.

—¿Debo manifestaros francamente lo que pienso? exclamó Teodoro.

—Sin duda... ¿Por qué no?

—Pues bien, me parece que Lutchkof ha producido en vos alguna impresión.

—No, respondió ella inclinándose sobre el cañamazo como para estudiar de cerca el dibujo. En aquel instante un rayo de luz dorada resplandecía en sus cabellos. No, repitió, pero...

—Pero qué?...

—Podeis figuraros que.... repuso levantando la cabeza y recibiendo el rayo de sol en los ojos; si yo pensara...

—Os faltan las expresiones?

—Sí, contestó María con voz baja, sonrojándose y desviando el rostro; sí, confieso que hay en él un no sé qué... ¡Os burlais de mí!... exclamó de repente clavando su vista en Teodoro.

Este se sonreía con dulzura.

—Os digo, continuó, todo lo que me pasa por la cabeza. Sé que sois... (no se atrevía á pronunciar el nombre de amigo) que sois bueno para mí.

Kister se inclinó; María le tendió la mano en silencio, y él besó la punta de sus dedos respetuosamente.

—¡Es hombre muy original! añadió ella inclinándose de nuevo sobre su bastidor.

—Original!

—Ciertamente, por eso me interesa, no de otro modo.

—Lutchkof, repuso Kister con gravedad, es un hombre notable, un hombre distinguido. En nuestro regimiento no le conocen, no saben apreciar su valor, le juzgan por las apariencias. Sin duda tiene un carácter duro, singular, impaciente, pero su corazón es bueno.

María le escuchaba con avidez.

—Os le traeré, prosiguió Teodoro; le diré que hace mal en evitaros, y que es una cosa ridícula mostrarse tan huraño... le diré... ¡Oh! bien sé lo que tengo que decirle... Pero no vayais á suponer que yo...

Kister se detuvo cortado, y la joven también estaba muy confusa.

—En fin, repuso, creo que os agradará.

—Como otros me agradan.

—Bien, bien, os le traeré, está dicho.

—Pero no vayais á...

—Descansad en mí; os respondo que todo irá debidamente.

—Ah! sois...

María no pudo acabar su frase y amenazó con el dedo al joven oficial.

Perekatof bostezó y abrió los ojos.

—Me parece, murmuró, que he dormido un rato.

María y Kister comenzaron á hablar de Schiller:

Sin embargo, Teodoro no tenía el espíritu tranquilo. Sentía despertarse en él un sentimiento de celos y trataba de dominarle.

Nenila volvió á la sala y entraron el té. Sergio hizo dar saltos á su perro por encima de un palo, y contó cómo le enseñaba él otra porción de habilidades por el estilo. El animal, como si hubiera comprendido lo que decían, dió varias vueltas muy contento y se lamió el hocico.

Por la tarde hacia un poco de fresco y quisieron disfrutarle paseándose por un bosquecillo de álamos. Teodoro miraba constantemente á la joven,



deseando hacerla señal de que cumpliría con el encargo. María se mostraba alternativamente alegre y pensativa. Kister disertaba con un tono bastante enfático, ora sobre el amor, ora sobre la amistad; pero una mirada escudriñadora de Nenila le interrumpió de repente en su discurso.

Los rayos del sol en el ocaso resplandecían en el horizonte. Delante del bosquecillo de álamos se extendía una ancha pradera; María tuvo deseos de jugar al *gorolki* (1), y para esto mandaron á llamar á los criados de la casa.... Perekatof se puso delante con su mujer, Kister con María, y comenzaron á correr lanzando gritos ligeros. El ayuda de cámara tuvo el atrevimiento de separar á Sergio y á Nenila; una doncella se dejó coger respetuosamente por el amo. A Kister nadie le pudo separar de su compañera.

Mientras se colocaban otra vez en órden, el corneta dijo algunas palabras á María, que con el rostro inflamado por aquel ejercicio le escuchaba sonriendo y se pasaba la mano por el pelo.

Kister se fué despues de haber cenado.

La noche estaba serena y estrellada. Se quitó la gorra; se sentía con el corazón agitado y un poco triste.

—Sí, exclamó, la amo; pero no le hace, justificaré su confianza; la pondré en comunicacion con mi amigo.

Aunque nada demostrara claramente los verdaderos sentimientos de María respecto de Lutchkof; aunque en realidad ella no hubiese manifestado mas que cierto deseo de curiosidad, Kister componía ya toda una novela, y se imponía un deber de conciencia al que inmolaba sus propias inclinaciones.

—Debo hacerlo así, se decía, tanto mas cuanto que hasta ahora solo he sentido por ella un afecto leal.

Había leído mucho, y por esto se creía hombre sagaz y experimentado. No se daba cuenta á sí mismo de la realidad de sus suposiciones, y no comprendía el verdadero carácter de la vida humana que sin cesar cambia de aspecto y no se renueva nunca.

Poco á poco se exaltó en sus proyectos, y hasta pensó con emoción en la tarea que debía llenar. Ser el mediador entre una jóven tímida y un hombre que quizá parecía tan duro porque todavía no había podido amar ni ser correspondido; ponerlos en relaciones, explicarles sus propios sentimientos, y luego alejarse sin dejar sospechar siquiera el sacrificio á que se condenaba.... ¡qué resolución tan noble!

A pesar de la frescura de la noche, el rostro del jóven estaba inflamado por el ardor de su pensamiento.

A la otra mañana muy temprano entró en el cuarto del capitán.

(1) Es un juego en que se colocan de dos en dos y una persona se pone delante.—Las personas colocadas detrás echan á correr, y la que está delante trata de desunirlas cogiendo á una. La que se queda sola se pone delante de ella á su vez.

Lutchkof fumaba en su pipa sentado en el canapé.

Despues de haberle dado los buenos dias Kister le dijo con voz solemne:

—He estado ayer en casa de Perekatof.

—Ah! exclamó el oficial con su indiferencia acostumbrada.

—Todos los de la familia son muy amables.

—De veras?

—He hablado de tí.

—Gracias; ¿y con quién?

—Con los padres y... con la jóven.

—Ah! La regordetilla...

—Una jóven hechicera, Lutchkof.

—Todas los son.

—No la conoces; no he visto jamás una muchacha de una naturaleza tan buena, tan interesante.

Lutchkof comenzó á entonar con voz gangosa una canción del regimiento.

—No oyes que te estoy hablando de María?

—Estás enamorado de ella, Teodoro.

—No seguramente, ni por pienso.

—Qué locura! Como si fuera posible!...

—Te digo, mi querido amigo, repitió el capitán tarareando de nuevo, que estás enamorado de e... e... e... ella.

—Ah! qué hombre! exclamó Kister impaciente.

Con otro, Lutchkof habría persistido en su idea; pero no quería contrariar á Kister.

—Vamos, vamos, dijo, no nos enfademos, hableme en alemán.

—Oyeme, Avdiei, prosiguió Kister sentándose á su lado; ya sabes que soy tu amigo (Lutchkof hizo una mueca); pero debo confesarte que hay en tí una cosa que no me agrada, y es que no quieras conocer á nadie, que estés empeñado en permanecer en un rincón, y que huyas aun de las personas que te estiman. Sin embargo, hay gentes que deberías frecuentar. Admito que hayas sido engañado en el curso de tu existencia, que tu corazón se haya endurecido, que no quieras trabar amistad con el primero que se presenta; pero ¿por qué has de evitar á todo el mundo?

Lutchkof seguía fumando con mucha flemma.

—Resultado de tus hábitos de aislamiento que nadie te conoce sino yo; los demás, Dios sabe la opinión que tienen de tí... Avdiei, repuso Kister, despues de una pausa, ¿crees en la virtud?

—La virtud! cosa estupenda! respondió Lutchkof.

Kister le estrechó la mano.

—Quisiera, prosiguió con voz afectuosa, reconciliarte con la vida. Estoy seguro de tu completa regeneración; ¡qué júbilo para mí!... Vamos, permíteme que haga mis combinaciones contigo en un momento oportuno... Hoy es lunes... mañana martes... miércoles... Ven el miércoles conmigo á ver á los Perekatof; se alegrarán mucho de verte y pasaremos allí un rato divertido... Ahora, dame una pipa.

Avdiei seguía inmóvil en su canapé.

Kister encendió su pipa, se acercó á la ventana y comenzó á tocar una marcha en los cristales.



—¿Con que han hablado de mí en esa casa? dijo de repente Lutchkof.

—Sí.

—Y qué han dicho?

—Desean conocerte.

—Quién lo desea?

—Hola! ya te haces curioso?

Avdiei llamó á su asistente y le mandó que ensillara su caballo.

—¿Adónde vas?

—Al picadero.

—Avdiei, está convenido. ¿Irémos á casa de los Perekatoff?

—Sí, contestó con indolencia Lutchkof extendiéndose en el sofá; irémos.

—¡Qué hombre! murmuró Kister; y salió muy pensativo y suspiró hondamente.

#### IV.

María se acercó á la puerta de la sala cuando anunciaron la llegada del capitán y del corneta; luego subió con precipitación á su cuarto y se miró al espejo.... Su corazón latía con fuerza.

Una doncella entró á decirle que la esperaban en la sala. María bebió un vaso de agua, se detuvo en la escalera, y al fin bajó.

El padre había salido; la madre estaba sentada en el canapé; Lutchkof en un sillón con su chacó entre sus rodillas; Kister se había puesto á su lado.

Ámbos se levantaron al acercarse la joven, el corneta con su sonrisa suave y afectuosa, Lutchkof con un aire grave y violento. María les saludó algo cortada, y luego se fué junto á su madre. No obstante, en breve se serenó y observó al capitán, que respondía á las preguntas de Nenila con brevedad, pero con tono inquieto; era tímido como todas las personas vanidosas.

Nenila propuso á los jóvenes un paseo por el jardín, y se salió al balcón. No se creía obligada á tener siempre á su hija colgada del brazo, como la mayor parte de las madres que viven en provincias.

El paseo duró largo tiempo. María habló mucho con Kister, pero no se atrevía á mirarle, ni tampoco miraba al capitán. Este no decía nada. En cuanto al corneta se hallaba como excitado, y reía y charlaba que era un portento.

En el paseo tocaron á un arroyo; á pocos piés de su orilla, un hermoso lirio acuático extendía su fresca corola en la superficie serena del agua.

—Qué flor tan bonita! exclamó la joven.

Apenas había pronunciado estas palabras cuando Lutchkof sacó su sable, alcanzó el tallo delicado, é inclinándose un poco logró cogerla.

—Cuidado! exclamó María asustada; hay mucha profundidad en ese sitio.

Lutchkof trajo la flor con la punta del sable hasta la tierra á los piés de María que la tomó, mirando al capitán con una expresión risueña y dulce.

—Bravo! exclamó Kister.

—Y no sé nadar! añadió Lutchkof.

Esta reflexión desagradó á María.

—Qué necesidad tenía de decírmelo.

Los dos amigos prolongaron su visita hasta por la noche. María experimentaba algo de inusitado. Mas de una vez se mostró pensativa; andaba con mas lentitud y no se separaba de su madre, antes bien la interrogaba á cada instante con sus ojos.

Lutchkof la prodigó algunas atenciones con mucha cortedad, pero aun esta circunstancia lisonjeaba su inocente amor propio.

Cuando se marchó con su amigo prometiendo que volvería próximamente, María se fué á su cuarto y miró con ojos atónitos cuanto la rodeaba.

Nenila se acercó á ella, la acarició y la besó como de costumbre.

María entreabrió los labios, pero no pudo pronunciar una palabra. Quería hacerla una revelación y no sabía qué decir; su espíritu se hallaba profundamente turbado.

Al acostarse puso en un vaso de agua la flor que Lutchkof había cogido, colocó el vaso en la mesa de noche, le tomó en sus manos cuando estuvo en la cama, y besó con sus labios candorosos los frescos pétalos de aquella flor preciosa.

—¿Conque te han gustado los Perekatoff? preguntó Kister á su amigo en la mañana siguiente; ¿no tenía yo razón, amigo mío?

Lutchkof no respondió.

(Se continuará.)

#### SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

*Para las mujeres no hay hombre feo.*

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1860.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.

